

Espacios y contextos del debate racial actual en Cuba

Pablo Rodríguez Ruiz

Investigador. Instituto Cubano de Antropología.

El debate del problema racial —después de un letargo que se podría inscribir entre mediados de la década de los 60 y finales de los 80 del siglo xx— es ya un hecho que comienza a trascender los medios académicos especializados, aunque, según mi percepción, permanece circunscrito a ciertos círculos intelectuales, incluyendo parte de la intelectualidad técnica y otros sectores vinculados a la cultura.

En este devenir del silencio al diálogo, el intelectual negro y mestizo, como es lógico suponer, se ha apropiado del tema con particular interés y motivación, porque el que ha sufrido y sufre las opresiones de la raza, si no comprende, al menos intuye que el silencio es un aliado y un cómplice de esa opresión. Es por ello que el debate se abre ante él no solo como un escenario para hacer catarsis de sinsabores, expectativas insatisfechas, experiencias discriminatorias sentidas en carne propia, impotencias y culpas mal cargadas, sino también, y sobre todo, como una perspectiva de búsqueda de caminos liberatorios. Es una forma de volver una y otra vez al problema, de rumiarlo, para no repetir los errores de otros tiempos y otros lugares.

Ahora bien, ¿en qué contexto se ha abierto este diálogo, en qué punto está y cómo lo condiciona?

Para formular algunos juicios en torno a estas preguntas tendré en cuenta, al menos, tres ejes que configuran una especie de sistema tridimensional de relaciones complejas en el que se desarrolla el fenómeno. El primero tiene que ver con el espacio y el tiempo desde el punto de vista internacional, y la posición de Cuba dentro de ellos. El segundo incluye las características y determinaciones de la sociedad cubana en cada momento histórico y los cambios operados en ella. El tercero se relaciona con las expresiones específicas de las relaciones raciales dentro de esos contextos espaciales y temporales.

El espacio y el tiempo internacional del debate racial cubano

Como todos sabemos, estamos en un mundo interconectado, más por canales de dominación que de solidaridad. El perfeccionamiento y extensión de

esos mecanismos de dominación global encierran muchos peligros que desbordan con creces el de ser dominados.¹

La hegemonía racial que durante siglos se fue tejiendo y configurando en el ámbito global, forma parte de esos mecanismos de dominación.² No está vinculada solamente con el desprestigiado racismo científico decimonónico, sino que se alimenta de las desiguales relaciones (económicas, políticas y culturales) internacionales y la centralidad que adquiere en estas un grupo de países imperialistas que imponen un cuadro de explotación y opresión, y que refuerzan los complejos raciales y el ideal de lo blanco como paradigma. Expresión de ello es, por ejemplo, el hecho de que casi 90% de la producción intelectual sobre el tema tiene su origen en los Estados Unidos y otros países desarrollados. Esto crea ciertas condiciones para la imposición de paradigmas teóricos, moldes de representación y de comportamiento, y para predefinir agendas.

Dichos procesos incluyen, además, la reconfiguración de identidades esenciales y excluyentes, sobre la base de las cuales han reaparecido tendencias racistas y xenófobas en los escenarios políticos de determinados países centrales. Los nacionalismos excluyentes,³ la actitud anti-inmigrantes y las nuevas modalidades de racismo cultural⁴ toman fuerza en estas nuevas realidades. En este contexto global, la propuesta de Cuba de no dar lo que le sobra, sino compartir lo que tiene, se presenta como una práctica internacional desestructurante del orden racista imperante.

La influencia de la llamada hegemonía racial sobre las relaciones concretas puede entenderse perfectamente desde el planteamiento de Eugene Harow Horowitz:⁵ las actitudes hacia los negros no están determinadas principalmente por el contacto con personas de esa raza, sino por el contacto con la actitud dominante hacia ellos.⁶ Es en su configuración donde se inscribe la capacidad de influencia de lo global sobre lo nacional y lo local. El dominio del comercio de las ideas y los bienes materiales, el monopolio de la imagen y la información, los moldes estéticos históricamente constituidos, el arte, la literatura y los adelantos de la ciencia y la tecnología, en su conjunto, contribuyen a configurar la noción de superioridad blanca y a importarla. Ello constituye una realidad con la que necesariamente hay que convivir; no aceptarla pasivamente, sino interactuar creando espacios de confrontación.

Los incalculables riesgos por los que atravesamos tienen una de las más claras expresiones en el campo de la ética. La bestia rubia, el superhombre nietzschiano —que desde las páginas de *Así hablaba Zaratustra* proclama el desconocimiento de todas las convenciones

y valores de la moral esclava, para imponer, sin hipocresías ni ambages, los designios propios— ha desgarrado todos los velos de la simulación para soltarse en el mundo e ir deshaciendo equilibrios a su paso. Con la fuerza y por la fuerza está produciendo una verdadera transmutación de valores, haciendo de las mentiras, verdades.

Ante este gigante de siete leguas, la Revolución cubana —agredida, acosada y acusada de dictatorial, totalitaria, de sociedad sin derechos civiles y democráticos—, en un acto de cimarronaje y disenso, ha venido desarrollando su obra de mejoramiento humano. Como obra humana, no solo implica el deseo de perfección, sino también el error, las imperfecciones y las contradicciones que encierra todo acto de hacer.

La dinámica agresión/resistencia, con sus altas y bajas, ha estado en el centro mismo del anclaje de la Revolución cubana. En esa lógica se han venido configurando actitudes que, de una u otra forma, condicionan y contextualizan el debate y las pesquisas sobre el problema racial en Cuba. Entre ellas es posible destacar, a modo de ilustración, las siguientes:

1. Una actitud —bastante generalizada entre quienes se sitúan como críticos o en contra de la Revolución— es la de *demonizar* la sociedad y el Estado cubanos. Ante este tipo de representaciones, el ciudadano es una especie de víctima oprimida por tenebrosos tentáculos de poder que no le permiten pensar, optar, expresarse y que debe limitarse a hacer lo que se le ordena. Es dibujado como una marioneta manejada por hilos ocultos. Tales creencias impiden una evaluación serena y desprejuiciada de las realidades. Cuando el Congreso Antropología 2002, se divulgó por la prensa internacional una presentación nuestra sobre las desigualdades raciales en Cuba. La mal llamada Radio Martí organizó un panel dedicado al tema. Lo que más me llamó la atención fue el desconcierto de los panelistas de que aquellos juicios y reflexiones críticas en torno al problema racial hubieran surgido de la labor de investigación de unos simples mortales en Cuba. Desde su lógica, la única explicación posible era que se trataba de alguna macabra jugada que Castro estaba cavilando, de la cual mis colegas y yo formábamos parte.
2. Los datos, las cifras y parte de los argumentos de la mencionada presentación fueron editorializados por los panfletos de la propaganda anticubana de forma inmediata, haciéndolos llegar a una gran cantidad de sitios dentro y fuera del país. Se evidenciaban claramente dos cuestiones muy relacionadas entre sí: la primera tiene que ver con una conocida actitud racionalizada, planificada, y sostenida durante años, de tratar de subvertir desde

dentro el sistema social de Cuba. La segunda, que en dichas intenciones el tema racial es mirado con interés. En realidad, la manipulación propagandística del tema —que en muchas ocasiones es a la que se da más importancia—, es la más burda de todas las formas posibles. Dentro de las tácticas más sutiles es posible contar: la intención de poner en la agenda modelos de análisis, conceptuales, de representación, referentes metodológicos y paradigmas teóricos para estimular posturas y posiciones afines a sus propias conveniencias. En tal sentido, el que se enfrenta a este tipo de problemática debe tener en cuenta que el núcleo fundamental de la producción sobre el tema —hay autores que lo sitúan en el orden de 90%— tiene lugar en los Estados Unidos.

3. Desde las izquierdas y amigos de la Revolución aparece, con bastante frecuencia, una representación de la sociedad cubana que tiende a idealizarla como casi perfecta. En ello se adivina la influencia de la respuesta que se elabora desde el país para contrarrestar los efectos de propaganda adversa, en la que casi exclusivamente se exponen los logros del sistema social. El exceso de idealización genera asombro, incredulidad, incomprensiones y, en ocasiones, frustraciones y cambios radicales de actitud cuando se enfrentan los complejos problemas de la realidad.
4. A fuerza de recalcar las bondades de la Revolución, se ha venido configurando cierta actitud —más aguda entre los burócratas de todos los niveles— que tiende a mirar con desconfianza temas complejos que matizan el discurso tradicional. Los temores y las incomodidades que les suscitan, los inducen a acallarlos y bloquearlos en la medida de lo posible. Cuando esta conducta, aparentemente orgánica, se impone, la sociedad pierde toda capacidad de autoperfección, y los efectos son catastróficos a largo plazo, porque la imposición de un sistema que no deja espacio para la crítica de los actores, significa la institucionalización de la esclerosis social y la firma de la sentencia de muerte de tal sistema.

En resumen, la ubicación de Cuba en este contexto sitúa el debate sobre el problema racial ante expectativas opuestas y contrastantes. Por un lado, se desarrolla ante la mirada de los que pretenden utilizar y encauzar sus resultados por los canales de la subversión interna, en un intento de ponerlos al servicio de sus planes de hegemonismo y dominación. Por el otro, ante los que esperan soluciones realmente originales del problema. Tal situación afecta a los interlocutores del debate, independientemente de sus deseos o intenciones, en tanto tiene lugar aprisionado por esas circunstancias. Sin embargo, la apertura de esta problemática, en este

contexto, desde una agenda que responde a las necesidades de la propia sociedad, expresa un nivel de madurez que permite asumir las tensiones, riesgos y retos metodológicos que entraña. A la vez, tiene la posibilidad de presentar una visión de la sociedad socialista más realista y desmitificada en todos los sentidos, como un proyecto no completado de sucesivas aproximaciones, de constante búsqueda y lucha por hacer cada día más digna la vida humana; pero susceptible de encerrar diversidades de hechos y opiniones, contradicciones, tensiones y áreas de conflicto. Con ello, lo normal, evidente y obvio tendría menos posibilidad de ser sobredimensionado, y temas que tradicionalmente han sido esgrimidos por las izquierdas y lo más progresista del pensamiento humano permanecerían del lado de la Revolución, sin espacio para ser utilizados por la reacción. Al abordar el tema desde dentro, sin ambages ni temores, no se da la oportunidad de interesadas interpretaciones, en tanto se muestra la capacidad de mirar sus propios problemas para buscarle remedio.

La sociedad cubana y sus determinaciones en el debate racial

El resurgimiento del debate sobre la cuestión racial durante los años 90 del siglo xx está muy vinculado a la crisis económica y los consecuentes reajustes que se fueron produciendo.

En este contexto se fue configurando una situación de múltiples aristas. Ante todo, el deterioro del nivel de vida y de consumo fue realmente dramático. El efecto de esta situación sobre las pautas de comportamiento y las representaciones de las gentes adquiere significación antropológica.

Tales condiciones, aparentemente comunes para todos, se sintieron con mayor o menor rigor en unas y otras regiones y segmentos de población. Los que contaron con más recursos de reserva, sufrieron menos sus efectos. Las reservas materiales, sociales y culturales con que pudo contar cada cual devinieron capital de gran valía para sortear los rigores de una cotidianidad dominada por la escasez. Esta trajo consigo el aumento de la competencia por la supervivencia, con lo cual se fueron reconfigurando fronteras anteriormente poco delineadas. Así, el micro-grupo social, de parientes o amigos instrumentalizados, fue adquiriendo mayor relevancia y visibilidad social. Se circunscribió y encerró en sí mismo para administrar y disponer de los escasos recursos a su disposición. Otras vías, de matriz étnica o nacional, con capacidad de canalizar solidaridades, se reactivaron y ganaron en significación.⁷

Ante este gigante de siete leguas, la Revolución cubana —agredida, acosada y acusada de dictatorial, totalitaria, de sociedad sin derechos civiles y democráticos—, en un acto de cimarronaje y disenso, ha venido desarrollando su obra de mejoramiento humano. Como obra humana, no solo implica el deseo de perfección, sino también el error, las imperfecciones y las contradicciones que encierra todo acto de hacer.

Fue también un momento de dudas en las ideas estructuradoras de la vida social, en donde por carencias en la mirada hacia el futuro se volvió la vista al pasado, del que se extrajeron multitud de prácticas casi olvidadas, pero efectivas para sobrevivir el presente. De este modo, viejas razones de diferenciación que permanecían adormiladas readquirieron significación subjetiva y visibilidad objetiva.

Por otro lado, las medidas de ajuste económico contribuyeron a configurar espacios de desigualdad, algunos de los cuales quedaron cruzados por el color de la piel. En la movilidad laboral hacia los sectores que operan con divisas, el turismo y la inversión extranjera, la población negra y mestiza encontró mayores barreras.⁸ El acceso a las remesas desde el exterior fue muy reducido para esta población, por el carácter predominantemente blanco que tuvo la emigración cubana después del triunfo de la Revolución. También encontraron desventajas para situarse en áreas de la actividad por cuenta propia de alta rentabilidad, tales como alquiler de viviendas y «paladares». En condiciones en que la tenencia de dólares actuaba como un factor fundamental en la demarcación de desigualdades —hasta el punto que un dólar diario obtenido por propinas u otras vías, llegó a representar más de diez salarios medios—,⁹ tales limitaciones para su acceso no solo devinieron expresiones de desigualdad *de facto*, sino también premisa y condición para que fueran percibidas y concebidas como tales, sobre todo por aquellos que las sentían. Las limitaciones para acceder a estas estrategias, más o menos aceptadas, les abría las puertas de la informalidad y otras prácticas ilegitimizadas, lo que contribuye a exacerbar prejuicios y modelos de representación estigmatizantes.

En otros sectores —también emergentes, aunque menos destacados en el debate—, como el de la música y el deporte de alto rendimiento, siguió existiendo un predominio de negros y mestizos, en lógica correspondencia con cierta tradición.¹⁰ Un adolescente blanco me hizo el siguiente comentario: «hoy en día hay tremendo racismo en el deporte, eso lo tienen copado los negros que nos discriminan y no nos dejan

entrar. Para que un blanco llegue a algo en el deporte tiene que ser un superdotado». Este comentario es la copia invertida de los escuchados muchas veces de labios de negros y mestizos respecto a su acceso al turismo o a las firmas extranjeras. El contraste de percepciones nos indujo a pensar que unida a las barreras de acceso que pudieron haber surgido desde el entramado de poderes, conscientes o inconscientemente racializados, la resignificación de determinados espacios económicos y sociales en medio de un deterioro generalizado de las condiciones de vida actuó como premisa básica para que tales diferencias se hicieran sentidas, concebidas y pensadas en términos de desigualdades raciales. Tal aprehensión de las circunstancias adquiere la fisonomía de un claro marcador de fronteras entre grupos raciales.

Las circunstancias anteriormente descritas se producen en una sociedad que había eliminado la propiedad privada sobre los medios fundamentales de producción. Su eliminación borró del contexto cubano uno de los marcadores de fronteras sociales más evidentes y nítidos. En este proceso, las élites del poder económico tomaron el camino de la emigración, con lo cual se eliminaron muchos obstáculos para que en el campo social interno se acortaran las distancias entre los diversos actores sociales. Este acercamiento —que lógicamente incluyó la sacudida y el desmarcaje, en muchos aspectos, del no lugar¹¹ asignado al negro por la historia, las costumbres, las etiquetas, los ideales, las ideologías y los sistemas de estratificación social—, se vio estimulado por una ideología y un discurso que enfatizan la unidad y sitúan a las clases populares como actoras de su propia emancipación, con lo que se abren amplios espacios de participación, de estar presentes y ser tenidos en cuenta. En esa diversidad de prácticas los negros y mestizos encontraron lugar y significación, fueron ganando en autoestima, sentido de dignidad y sensibilidad. Ello hace que el rasero para medir nuestras desigualdades no siempre sea coincidente con el de otros contextos, ni las categorías empleadas sean idénticas en su contenido y extensión, porque el nivel de sensibilidad con que son miradas las desigualdades, por pequeñas

que sean, es mucho mayor que donde esas distancias se mantienen fijas.

Durante todos estos años de indagación en el problema racial, he conservado en la memoria, como uno de los mejores presupuestos metodológicos para orientarme en sus contradicciones, el relato que escuché, en Florida, Camagüey, de una persona que por mujer, negra y descendiente de inmigrantes haitianos en Cuba, sabía muy bien, por haberlo sentido en carne propia, de lugares y posiciones. Este fue su relato:

—Antes de la Revolución si uno se montaba en una guagua, lo hacía con pena, apocado, sobrecogido. Procurábamos situarnos en el lugar más apartado, menos visible, procurando no rozar ni molestar con nuestra presencia a nadie, porque te sentías pequeñito y sin razón ante los demás. Si estabas en un asiento y se sentaba un blanco a tu lado y notabas que este se sentía incómodo, te parabas y te ibas para el fondo de la guagua. Si él ya estaba sentado y había un asiento libre, uno se hacía como el que no lo veía. Es que realmente uno se sentía chiquito, casi avergonzado y lo que sentías eran deseos de hacerte invisible.

—¿Y ahora? —le pregunté yo.

—¿Ahora? Si se me sientan al lado o yo me siento al lado de alguien y lo veo incómodo por mi presencia, ni me molesto; pero si me dice algo, le digo que se vaya él para el fondo, porque ese también es mi asiento.

Aquellos juicios reafirmaban la certidumbre de que las nuevas circunstancias habían modificado al ser mismo que actuaba modificándolas, que en el hacer y adueñarse de un lugar, ganó en sentido de la dignidad.

Por otro lado, a pesar de las profundas limitaciones materiales y carencias de todo tipo que impuso la crisis económica, el Estado y la dirección del país no renunciaron al camino de transformaciones sociales emprendido desde el inicio, y de paliar el golpe del modo más equitativo posible. En tal sentido, las desigualdades y su aprehensión se van a reproducir sobre un escenario en el que persiste una clara voluntad política por preservar el sentido de equidad y en el que prevalecen espacios de igualdad conquistados. Ello condiciona la actitud de los que se aproximan al debate y las percepciones de tales desigualdades.

Así, la aproximación al tema racial en Cuba transcurre en medio de la pugna entre lo solucionado, superado, dejado atrás, y lo reaparecido, conservado o potenciado durante la crisis de los 90. Son como dos polos de atracción que generan un movimiento pendular en las percepciones del problema, las cuales aparecen, además, muy influenciadas por las características históricas de la configuración étnica, nacional y de razas de la sociedad cubana. Algunos de estos momentos que marcan pautas y aportan significados a la cuestión son los siguientes:

1. La población cubana se forma, en lo fundamental, a partir de dos grandes corrientes migratorias: la

española y la africana, que se superponen a las poblaciones aborígenes de la Isla, que llegaron a ser reducidas hasta casi su extinción total. Hacia estas dos grandes corrientes migratorias, fluyen una gran cantidad de otros componentes: chinos, judíos, italianos, japoneses, norteamericanos, haitianos, jamaicanos, portugueses, suecos, etc. La interacción de todos esos componentes y sus contribuciones a una cultura en gestación fueron aportándole a esta un cierto cosmopolitismo y sentido antixenofóbico. El trato fácil con el extranjero —más allá del sentido instrumental adquirido con la crisis—, el calor humano de las relaciones, parte esencial de esa magia que atrapa a quienes nos visitan, y la gran capacidad asimiladora de nuestro etnos en el que los descendientes de primera generación de muchos de esos componentes ya se sienten parte de él, quizás tengan como una de sus premisas aquellas condiciones originarias.

2. La formación étnico-nacional de lo cubano transcurrió en un intenso proceso dentro de un sistema colonial en el que se dibujó un opuesto, un «ellos» que oprimía a un «nosotros»; lo que actuó como un catalizador de la formación de la conciencia étnico-nacional. Ese principio de oposición defensiva, al pasarse el contrario de lo español a lo norteamericano, ha sido una constante de la alterización, a lo largo de toda la historia nacional. En tal sentido, las contradicciones internas, incluyendo las raciales, siempre han aparecido subordinadas, de algún modo, a las que se derivan del exterior. Ello también especifica el problema en Cuba.
3. Un conjunto de circunstancias económicas y sociales determinaron que la maduración de esa conciencia nacional y el consecuente proyecto independentista, se retardara respecto al resto de América Latina. El retardo y el consecuente enfrentamiento con la potencia colonial, cuando ya casi nadie se ocupaba de esos trajines en el mundo, condicionó la necesidad de potenciar los factores internos. Nada ni nadie podía ser excluido del empeño de ganar la independencia frente a la metrópolis colonial. Así, en las guerras por la independencia —a pesar de las contradicciones internas en el campo de la revolución, derivadas de la experiencia de siglos de explotación esclavista—, se produjo un escenario de cooperación inter-racial quizás único en el mundo y en su tiempo.
4. De la experiencia de esa lucha, se fue formando un pensamiento en torno a la cuestión racial que tiene en Martí a su máximo representante, cuando expresó: «Hombre es más que blanco, más que negro, más que mulato, dígame hombre y se dirán todos los derechos», un paradigma de igualdad, alcanzable a

través de la revolución social y el mejoramiento humano. Ese ideario cruza y penetra la psicología social atemperando los prejuicios y contribuyendo a conformar un modelo muy bajo de permisibilidad social del racismo. Se levanta también como una meta que alcanzar, con lo que sirve de brújula para orientarnos en las incertidumbres, contradicciones y retrocesos de la cuestión racial, sin tener que copiar experiencias foráneas.

5. El racismo, como componente de las ideologías y las prácticas de dominación —reforzado por la experiencia de siglos de esclavismo, subordinación y dominación de los sectores de la población de piel más oscura—, se inscribió también en la cultura y la psicología social. La capacidad que tiene de generar sentidos, determinar prácticas y exaltar sentimientos, no se puede subestimar. Todavía hoy, en la población cubana es posible encontrar personas cuyos abuelos o bisabuelos fueron esclavos o dueños de esclavos, por lo que las consecuencias de aquella situación aún están muy próximas en el tiempo y en el sentir. Ello condiciona las percepciones y evaluaciones que hacen de su mundo, y la forma particular de asimilar las ideologías raciales. Por otro lado, el profundo mestizaje que se empezó a producir desde que el primer español llegó a Cuba modula, acota y constriñe ese racismo. En consecuencia, las condiciones estructurales y generatrices de la sociedad cubana determinan que el racismo que se ha inscrito en la cultura se mueva y fluctúe en una ensalada de contradicciones y puntos polares. En sentido general, este puede ser caracterizado como un racismo sociológico,¹² más diferencialista¹³ que excluyente, y de baja intensidad.¹⁴ Sus expresiones se dan más a nivel de prejuicios raciales y de una discursividad replegada fundamentalmente al ámbito de lo privado y los grupos más íntimos. Ello no quiere decir que carezca de posibilidad de generar desigualdades, exclusiones y espacios de discriminación. Al reproducirse y entronizarse en la red de relaciones sociales, puede asentarse en determinados nichos de poder para proyectar, a nivel social e institucional, su efecto maléfico.
6. Todo ese proceso histórico-social se desenvuelve en una isla de apenas unos 110 000 kilómetros cuadrados y en algo más de quinientos años, lo que le aporta un sentido de ritmo e intensidad característico.

La lista de circunstancias históricas —que en un examen más cuidadoso podría incrementarse y hacerse más específica en sus contradicciones y matices—, completan el escenario sobre el que se reproduce el debate del problema racial en Cuba. De algún modo,

estas circunstancias moldean la cuestión y se reflejan en las actitudes y percepciones de los que en él participan, en tanto constituyen precedentes vivenciales que subyacen inscritos en el universo cultural.

Al inscribir el problema en el eje de la sociedad en la que se reproduce, se abre una serie de problemas, entre los que es posible destacar:

- a. Aparece configurada una situación contrastante, con dos polos bien definidos, de la que se derivan otras problemáticas. Por un lado, resalta cómo, en medio de un profundo proceso de apoderamiento de las capas populares y transformación radical de la estructura social, los actores anteriormente oprimidos ganan en dignificación, a la vez que el modelo de permisibilidad social del racismo se reduce a la mínima expresión. Como resultado de tales circunstancias, el problema fue cayendo en un estado de adormecimiento y subordinación dentro de las jerarquías de motivos. Ello llegó a un punto que, para muchos, se confirmaba la creencia de que se había llegado a su solución definitiva, con lo que se consideró comprobada determinada corriente del pensamiento marxista que subordina el problema racial al de clases.¹⁵ Según esta idea, la solución de este último trae aparejada automáticamente la del primero, y corresponde a la educación barrer con los restos que puedan quedar. Por otro lado, se levanta la cuestión de cómo en determinadas condiciones, en este caso la crisis, el problema comienza a visibilizarse y adquirir agudeza, al reproducir, con el color, viejas desigualdades no superadas y emerger otras nuevas; lo que vino a demostrar que el problema permaneció latente, esperando el momento para resurgir de sus cenizas. Ello genera un área de incertidumbre respecto a la tesis que subordina, de forma lineal, el problema racial al clasista. La eliminación de los antagonismos de clases contribuye a la solución de la cuestión racial, pero no logra abarcarlo en su totalidad. Por tanto, el espíritu de espontaneidad en este campo conduce a favorecer su reproducción y conservación.
- b. El hecho de que su preservación y resurgimiento acontezca dentro de un panorama caracterizado por profundas transformaciones sociales apunta a que estas son incompletas todavía, por lo que deben ser replanteadas constantemente en un continuo perfeccionamiento y reajuste. También evidencia que los cambios sociales más globales y tangibles dejan espacio para la reproducción de estructuras oprimidas, como las raciales con capacidad de hacerse funcionales en la gestación de desigualdades y discriminaciones objetivas. De este modo, el reto es de ir desentrañando los mecanismos y condiciones

- que han permitido su pervivencia y reproducción, y el de la gestación de los procedimientos de su neutralización y extirpación.
- c. La resistencia de los prejuicios y su capacidad de objetivarse en las desigualdades, a más de cuarenta años de educación e instrucción —sin negar de plano la importancia de esta para la eliminación o reducción de aquellos—, deja abierta la cuestión de la educación del educador. Ella puede actuar en sentido inverso, al transmitir creencias, moldes y estructuras de pensamiento que contribuyen a la preservación de actitudes racializadas. Por tanto, junto a la educación del educador, se plantea, como una necesidad concomitante, la de la reeducación de la propia educación.
 - d. El contexto y la aproximación social de los diferentes actores han contribuido a generar un escenario en el que se pone de manifiesto, como en ningún otro, que la opresión que se deriva de las razas afecta a blancos y negros, por lo que no es exclusiva de estos últimos. Hace poco, en un trabajo de terreno entre estudiantes universitarios en el que realizábamos una técnica de grupo, apareció el problema de las razas y las relaciones amorosas y sexuales. Una joven blanca solo pudo presentar el problema de su propia experiencia en el que estaban involucrados la abuela, la madre y su esposo —un hombre negro— y ella. Lo único que llegó a decir fue: «es terrible, traumático», porque se echó a llorar. Sus lágrimas me enseñaron cuánto de opresión hay también para el que oprime por la raza. Ante ella, el principio de plenitud y felicidad pierde todo sentido, trocándose en sufrimiento y conflictividad, en un contexto de aproximaciones interraciales como el nuestro.
 - e. El camino para la solución del problema, en un proyecto social como el cubano, debe dirigirse a romper el círculo fatal según el cual los subordinados de un día, al hacerse del poder, reproducen los mismos mecanismos de dominación de sus opresores de antaño. La cuestión no radica en invertir el problema, sino en tratar de extirparlo, y ello debe ser obra de blancos y negros. Por tanto, el negro no puede liberarse de los lastres raciales que históricamente lo han oprimido si no libera también al blanco de esas cadenas. Otro tipo de planteamiento de la cuestión conduce necesariamente a su reproducción en otro plano.
 - f. Muchas de esas estructuras oprimentes están insertas en la cultura, en determinados modelos de configuración de representaciones que se alimentan en las prácticas. Se trata de un trabajo paciente ir detectando y zafando nudos —tanto los ya existentes como los que se forman al desatar otros—, para lo

cual, en muchas ocasiones, la ideología y «la historia del heroísmo trascendental», como la llama Miguel Limia —muy eficiente para la etapa destructiva—, se torna insuficiente. Para esa tarea, se requiere de una historia social que saque a la luz los problemas que han quedado ocultos, que preste atención a la vida y las prácticas de los oprimidos, sujetos y objetos de la transformación revolucionaria.¹⁶ Ello está todavía por hacer, a pesar de su necesidad para la elaboración de una ideología constructiva que asuma las contradicciones de la vida y se aproxime más a la cotidianidad de las personas.

- g. Las limitaciones que impone la carencia de una historia social, entre otros factores, aconsejan una actitud cautelosa al implementar medidas y asumir paradigmas teóricos, lo que no quiere decir que se renuncie a enfrentar el problema cuando se produzca. A lo anterior se suma el estado en que se encuentra el estudio de la problemática en estos momentos que, según mi percepción, no ha salido todavía del asombro de haberse encontrado con la reproducción de un grupo de desigualdades, y del diagnóstico de estas.

Las relaciones raciales

El debate aparece condicionado por su propio objeto: las relaciones raciales, o sea, el conjunto de interacciones específicas entre grupos y personas distinguidos por características físicas significadas social y culturalmente; así como sus expresiones en los planos axiológico-valorativo, institucional y estructural. En muchas ocasiones, el conjunto de estas relaciones aparece representado de forma homogénea; por ello se deducen propuestas de acciones generales y estandarizadas. Sin embargo, tal representación se torna endeble cuando se enfrenta a la experiencia empírica. Una mirada panorámica del fenómeno, en nuestra realidad, es suficiente para poner de manifiesto su heterogeneidad y la variedad de situaciones que esconde.

Las relaciones raciales se configuran en una diversidad de espacios y tiempos superpuestos o entretejidos en la que las contigüidades sucesivas se influyen recíprocamente, de modo que las modificaciones en unos no resultan solo de las dinámicas internas, sino también de las transformaciones que se producen en los contiguos. Ello permite comprender la razón por la cual no es posible extraerlas completamente de los contextos y espacios internacional y nacional, así como de la lógica de las determinaciones mutuas entre ellos.

La noción de espacio no se limita, en general, a la disposición de unos objetos y lugares respecto a otros, sino que supone, además, la interacción, el movimiento

y con ello la temporalización. Esa cualidad intrínseca de dinamismo posicional es la que permite distinguir la configuración de espacios antropológicos como lugares practicados y prácticas localizadas. El accionar de los humanos entre sí y con el medio natural se realiza en contextos sociales y naturales específicos, determinando que su existencia sea eminentemente espacial. De este modo, el conjunto de prácticas desarrolladas —que se asientan en la cultura como actividad acumulada, condensada en el instrumental creado y en una experiencia que direcciona, modula y envuelve culturalmente los haceres para darle un carácter presente, vivo y funcional a esa cultura—, al circunscribirse, va generando pautas de posicionamiento en un adentro y un afuera, y determinados modos de hacer y representarse que se distinguen unos de otros. No resulta tampoco un espacio único, sino que pueden aparecer tantos como modos de actividad o experiencias espaciales existan.

Desde las premisas anteriores, es posible comprender la diversidad de situaciones o espacios dentro de las relaciones raciales y como estos se van sobreponiendo o entrecruzándose para formar cierta unidad en lo diverso. Algunos de los momentos en los que se pone de manifiesto lo anterior son los siguientes:

1. *La filiación socio-laboral.* Durante todos estos años de indagación en torno a la cuestión racial¹⁷ se han evidenciado diferencias significativas en las percepciones de las desigualdades entre obreros y trabajadores intelectuales.¹⁸ Del mismo modo, el discurso racial es mucho más estructurado entre estos últimos y tienen más latencia las asignaciones estereotipadas a los grupos raciales, mientras que entre los obreros son más abundantes los juicios neutros y que no califican. El tipo de actividad —marcada por el accionar colectivo y la cooperación entre los obreros y la competencia y la acentuación de la individualización entre los intelectuales—, contribuye a configurar una experiencia y un posicionarse ante el mundo que influye en esa diferencia de percepción. Se producen, incluso, situaciones en las que hechos considerados ofensivos en un contexto, son mirados con entera normalidad en otro.
2. *El ámbito en el que se desarrolla la vida laboral.* Como hemos explicado, en la economía cubana durante los 90 se fueron destacando dos sectores: uno vinculado a la economía del dólar, potenciado o surgido con la reforma económica, como el turismo y las firmas extranjeras, al que hemos dado en llamar sector emergente, y otro que incluye al resto de la producción y los servicios que por contraposición denominamos no emergente. La delimitación de

estos sectores permitió observar diferencias y matices en las representaciones raciales.¹⁹ En general, existe una mayor percepción de las diferencias en el sector emergente que en el no emergente. Del mismo modo, entre los trabajadores del turismo aparece acentuadamente la idea de nuestro mestizaje como un rasgo identificador. Quizás el contacto intercultural más intenso de estos contribuya a enfatizar esa percepción. En las firmas extranjeras, donde la presencia de negros y mestizos es muy baja, predomina un discurso que tiende a asignarles rasgos estereotipados de carácter sociocultural a los diferentes grupos raciales, a la vez que se muestra más elaborado y cargado de elementos de racismo. En general, donde la competencia se enfatiza se hace mayor el nivel de percepción de las desigualdades y la agudeza de las evaluaciones de carácter racial; por el contrario, donde prima el trabajo colectivo y la cooperación, se atenúa.

3. *La edad.* Son los tiempos vividos y preservados en la experiencia y la memoria de cada uno de los grupos de edades los que van, en cierto sentido, a sintonizar la mirada del presente. Por tanto, el lente con que se miran los acontecimientos no es fijo, sino móvil y cambiante. De este modo, las percepciones de la persistencia de formas de discriminación racial en la sociedad cubana actual cambia significativamente entre unos grupos de edades y otros. Aquellos que llegaron a la Revolución en la adolescencia y la juventud temprana —que se apropiaron de los ideales de igualdad, hicieron suya la utopía sin matices mediadores, y se sumaron a su construcción con pasión y entrega— son los que con más frecuencia señalan esas desigualdades y se muestran más críticos ante ellas. Entre los más jóvenes, nacidos en el proceso de institucionalización de la Revolución, ello se atenúa. Sin embargo, es en el grupo de personas mayores de 65 años donde la confluencia de tiempos se manifiesta con particular claridad. Entre ellos se manifiesta el nivel más bajo de percepción acerca de la persistencia de discriminaciones raciales. Incluso entre los negros de este grupo de edad se hace muy bajo, y entre los negros obreros masculinos es sencillamente insignificante. Ello refleja una experiencia vivida en etapas anteriores, que utilizan como referente de comparación para concebir y aprehender el estado de cosas circundantes y el tipo de desigualdad a que se enfrentan. Por otro lado, en este grupo de edades es donde aparecen, a la vez, estereotipos raciales mucho más claros, dibujados y estables; lo cual es, sin lugar a dudas, expresión concreta de la apropiación de un lugar, en condiciones en las que los espacios estaban bien marcados y asignados;

El resurgimiento del debate sobre la cuestión racial durante los años 90 del siglo xx está muy vinculado a la crisis económica y los consecuentes reajustes que se fueron produciendo. Tales condiciones, aparentemente comunes para todos, se sintieron con mayor o menor rigor en unas y otras regiones y segmentos de población.

situación que arrastran consigo y preservan, para seguir cargando con sus tiempos.

4. *Las condiciones de endoenculturación y su relación con la endogamia racial.* Una parte importante y básica de la apropiación cultural de los seres humanos se produce en el medio familiar. En tal sentido, la composición racial del grupo doméstico constituye un elemento de base para la reproducción y configuración de fronteras entre grupos. En general, las indagaciones realizadas en este campo han evidenciado que prevalece una clara tendencia a la endogamia racial,²⁰ o sea, la conformación de matrimonios y familias dentro de un mismo grupo racial. Esta tendencia se reproduce en todos los estratos sociales, aunque de forma más atenuada en los sectores populares. El nacimiento y la convivencia de los individuos en familias constituidas por personas de una misma apariencia física crean una premisa básica para la reproducción del grupo y para la asimilación de elementos de la cultura que tienden a marcar distancias y establecer categorías. Al lado de esta tendencia existe otra que, aunque más atenuada, resulta igualmente significativa, sobre todo en los barrios de población fundamentalmente obrera. Un porcentaje importante de familias, que sobrepasa el 30%, está formado por personas de diferentes grupos raciales en todas las combinaciones posibles. Contrario a lo anterior, ello apunta al desmarcage de límites y a atenuar las identidades raciales, haciendo que las fronteras se muestren discontinuas e imprecisas. Este tipo de familias se hace más frecuente en condiciones tales como:

- a. Estructuras familiares más complejas. Por ejemplo, aparece más en las familias extendidas que en las nucleares.
- b. Los jóvenes aparecen como jefes de núcleo.
- c. Familias numerosas.
- d. Familias al frente de las cuales aparecen obreros o trabajadores de los servicios.
- e. Presencia de mujeres al frente de familias, en especial cuando son acompañadas por el cónyuge.
- f. Ubicación del núcleo familiar en cuartos de ciudadelas o solares.
- g. Reconstitución de la familia nuclear; o sea, se hace mucho más frecuente entre las familias nucleares

completas que han sido reconstituidas por segundos, o más, matrimonios de los jefes de núcleo.

5. *El conjunto de circunstancias, moldes de actividad y características culturales que configuran diferencias regionales, locales y/o barriales.* Las investigaciones realizadas han permitido develar diferencias de matices en las representaciones raciales en diferentes regiones del país. Donde con más fuerza ello se ha puesto de manifiesto es en una investigación recién concluida en un barrio de ilegales, en La Habana, formado por emigrantes orientales. Esta población, que vive en condiciones de marginalidad, es mayoritariamente de negros y mestizos. Estos aparecen, dentro de las condiciones de miseria, con un ingreso medio per cápita superior al de los blancos que allí residen. En estas condiciones, se observa una franca tendencia a la asimilación de los blancos. La mayor cantidad de matrimonios de estos es con negros o mestizos, lo que constituye un fenómeno atípico, ya que como fue explicado, en nuestro país la endogamia racial se preserva en todos los estratos sociales, en especial entre los blancos. Este es un rasgo que denuncia que, dentro de la comunidad, las determinaciones y representaciones raciales carecen de significado y han perdido muchos de sus sentidos, acallados por el proyecto de resistencia colectiva y los rigores de una vida cotidiana adversa.

La diversidad de situaciones o espacios que se reproducen en las relaciones raciales crea las premisas para entender que la configuración de una identidad de grupo bien delineada, que dé lugar a un movimiento centrado en la pertenencia racial, es poco probable. En este caso, el opuesto que aglutina, consolida la unidad identitaria interna, y le da sentido y dirección al movimiento, aparece bastante desdibujado. Por tanto, para nuestras condiciones concretas, no es un movimiento negro que contribuya a especificar la negritud y, por extensión, a especificar a otros grupos, lo que se dibuja como una solución al problema. Habría que preguntarse, además, si ante estas circunstancias, tal movimiento llegaría a tener una base social amplia, más allá del grupo de intelectuales que lo promuevan. La

cuestión entonces radica en mantener una cruzada de blancos y negros contra el racismo y todas sus expresiones y manifestaciones, en el campo de la acción y en el de la investigación, de modo que sus lastres y efectos reductores de la condición humana sean proscritos de nuestra sociedad.

Notas

1. Se comprende que los riesgos por los que atravesamos desbordan la relación dominante/dominado, para abarcar el de la existencia misma. El nivel tecnológico con que hoy cuenta la humanidad es suficiente para autodestruirse, a lo que puede conducir el camino de la fuerza y la violencia. Por el contrario, una ética y una cultura de la equidad podrían constituir un instrumento para enfrentar los desafíos que entrañan esas tecnologías en manos de los seres humanos. De aquí que uno de los ángulos principales hacia los que apunta el problema es el de la ética.

2. Sobre el vínculo del discurso racial con las tendencias más conservadoras globalmente instituidas y las dinámicas globalizadoras de este, Michel Foucault escribió: «La temática racista no aparecerá ya, en ese momento, como instrumento de un grupo social contra otro, sino que servirá a la estrategia global de los conservadurismos sociales» (*Genealogía del racismo*, 3ª lección, 1976).

3. Existe toda una corriente de pensamiento que vincula el nacionalismo y la construcción de las naciones modernas con el racismo. Entre sus representantes se pueden contar figuras tales como Michel Foucault, Immanuel Wallerstein y Etienne Balibar.

4. La modalidad del racismo cultural parte de aceptar el derecho a la diferencia y el respeto a la cultura del otro, pero a la vez mantiene aisladas a esas culturas, en nombre de ese derecho, creándoles verdaderas barreras a sus representantes para integrarse en la sociedad.

5. Eugene Harow Horowitz, «El desarrollo de la actitud hacia los negros», *Archivos psicológicos*, n. 194, Nueva York, 1936, p. 194.

6. La actitud dominante aparece revestida por el racismo. Es un fenómeno social que integra, en una dialéctica compleja, a doctrinas (ideologías), discursos, representaciones y prácticas que se articulan en torno a estigmas de alteridad, organizando sentimientos, actitudes y posicionamientos sociales. Se enfila a la diferenciación, distanciamiento y segregación del otro mediante el reforzamiento de sentimientos comunitarios o identidades rígidas, que se alimentan con el miedo al contagio, el sentimiento de preservación de la pureza del grupo con su concomitante inferiorización y estigmatización del otro y en las ventajas que crea para someterlo, explotarlo y dominarlo.

7. Me refiero en este caso al florecimiento que experimentaron las sociedades de matriz étnica nacional que existían en el país, tales como la de canarios y gallegos, las patronímicas chinas, y otras. Incluye también la aparición de sociedades como la Yoruba y cierta tendencia a un retorno a África que se produce en determinados círculos religiosos de origen africano. Estos procesos solo han sido estudiados de forma puntual, y muy aisladamente.

8. Las barreras de referencia fueron de diferente naturaleza, incluyen desde moldes estéticos de percepción de lo bello o adecuado, hasta prejuicios estigmatizantes de lo negro. Al respecto puede consultarse el trabajo nuestro con Rodrigo Espina, «Raza y desigualdad en la

Cuba actual», *Temas*, n. 45, La Habana, enero-marzo de 2006, pp. 44-5.

9. Esta relación se ha venido modificando, tanto por la elevación del salario medio, como por la disminución de la tasa de cambio del CUC. A 25 pesos por CUC y con un salario medio de 371 pesos, un dólar diario representa 2,02 salarios medios.

10. Respecto a estos sectores se carece de datos que permitan hacer una evaluación acertada del estado del problema. En este caso nos atenemos a un tipo de representación que lo percibe así y que se corresponde con una presencia significativa que tiene la población negra y mestiza en la música desde la colonia, y su visibilidad en el movimiento deportivo revolucionario.

11. No atenemos en este caso a la idea de lugar que propone Michel de Certeau (*La invención de lo cotidiano*, Universidad Iberoamericana, 2000, p. 129), como el imperio de lo propio e indicación de estabilidad. Para el negro, lo que reservó la historia fue el escamoteo de lo propio y la negación de la estabilidad, que incluyó tanto a su propio ser, con la esclavitud, como la de su trabajo y su cultura negada y vilipendiada. Por tanto, se trata realmente de un *no lugar* desde el que debió reconstruir su existencia.

12. Existen diversas clasificaciones de las modalidades y niveles de expresión del racismo que, de algún modo, hacen referencia a sus causas, con la idea, más o menos explícita, de que la supresión de estas, conducen a la neutralización de los efectos. En este sentido aparecen referencias a un llamado racismo doctrinal, al espontáneo, al institucional y al sociológico. En gran medida, la última distinción se sobrepone a la primera; aunque el llamado racismo sociológico supone una dimensión dinámica y de coyuntura que desborda la psicología del prejuicio. Para otros autores como Stokely Carmichael y Charles Hamilton (*El poder negro*, Editora Política, La Habana, 1967), el racismo puede ser abierto e individual, o no declarado e institucional. Para estos autores, el institucional no tiene que ser explícito, ni parecer intencionado. Aparece arraigado en prácticas rutinarias, en el funcionamiento de las organizaciones, en la etiqueta aceptada por todos, convirtiéndose en una propiedad estructural del sistema. Robert Fridman, por su parte distingue cuatro niveles de expresión en los Estados Unidos: a) Es estructural. Está inscrito en la estructura social; b) Es procedimental; es decir, aparece en políticas y procedimientos; c) Es sistémico; o sea, tiene presencia en diversos sectores que se unen entre sí; d) Es ideológico, pues se afirma en las creencias, representaciones y teorías que lo justifican.

13. La idea de racismo diferencialista según la entiende Etienne Balibar es una modalidad del fenómeno que a primera vista no postula la superioridad de determinados grupos o pueblos respecto a otros, sino que afirma simplemente la nocividad de la desaparición de las fronteras, la incompatibilidad de las formas de vida y de las tradiciones. Se basa sobre todo en la irreductibilidad de las formas culturales y la consecuente unidad cultural e identitaria del grupo. Al distinguir el racismo diferencialista del de desigualdad autores como Pierre-André Taguieff y Michel Wieviorka (*El espacio del racismo*, Paidós, Barcelona, 1992), reconocen la existencia de dos lógicas del racismo y consecuentemente del accionar: una que apunta al trabajo de la sociedad sobre ella misma, sus conflictos sociales, desigualdades, fenómenos de estratificación y movilidad, y otra, hacia los grupos o comunitarismos raciales, sobre las apelaciones de estos a la homogenización, la pureza y el rechazo a lo diferente.

14. La violencia racial es muy rara en Cuba. Aparece de modo localizado y circunscrito, a lo sumo, a la violencia verbal. La segregación, por su parte, es bastante atípica. No es posible hablar de barrios exclusivos de negros, ni de un imaginario social que los identifique y separe. Tampoco de solares o ciudadelas habitadas

solo por negros. Ni en los juegos Abakuá se reproduce esa segregación. Solo se conoce de un juego exclusivo de negros, los Efori Guman; pero aun este admite al menos a un blanco que es, además, plaza del juego. Al respecto pueden examinarse los trabajos de Ramón Torres Zayas («Relación barrio-juego Abakuá en la ciudad de La Habana», Tesis de maestría, Facultad de Filosofía e Historia, Universidad de La Habana, 2004. Inédito), que demuestra que la mayoría de los juegos que hoy subsisten no derivan directamente de los creados por los africanos, sino del primer juego de blancos juramentados en el siglo XIX, el Acanaran Efor.

15. Esta es una corriente de pensamiento que ha tenido bastante difusión y que en cierta medida no considero en su justa medida ciertos vacíos que se encuentran en las obras de los clásicos. El propio Marx llegó a concebir a las razas como un factor natural, con influencia en los niveles de desarrollo. Así, por ejemplo, en «Fundamentos de la crítica a la economía política» (Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970, p. 26), podemos leer: «También puede resultar que ciertas razas, aptitudes, clima, condiciones naturales [...], sean más favorables que otras para la producción». Es posible encontrar pasajes semejantes en otras partes de esta misma obra, en «Formas anteriores de la producción capitalista», y en otras. En esa etapa, el pensamiento martiano quizás sea una excepción, ya que no se dejó arrastrar por los cantos de sirena del racismo científico.

16. Me refiero a una serie de instituciones, prácticas cotidianas y actitudes o pautas de comportamientos que se reproducen con cierta fuerza de necesidad o condicionalidad en los grupos oprimidos y oprimentes, ante las cuales la moral y el pensamiento pequeño burgués se muestra ruborizado, por lo que trata de virarle el rostro. Hablo de la historia de las gentes sin historia en la que figuras como Juan Pérez de la Riva y Pedro Deschamps sentaron algún precedente y que hoy en torno a la admirable obra de María del Carmen Barcia, y otros intentos aislados, pugna por ganar reconocimiento y apoyo institucional. Entre estos temas están, por ejemplo, la historia del

delito y la delincuencia en Cuba, que en el Instituto de Historia de Cuba trata de mantener abierto Yolanda Díaz, los del Abakuá y el barrio, los del «ambiente», el de la Santería, sus personalidades y preceptos éticos, los de la prostitución, y otros muchos que todavía permanecen en la oscuridad. Esta tarea tiene, en cierto sentido, el valor de contribuir a ir racionalizando áreas que permanecen agazapadas en cierto subconsciente colectivo.

17. Las referencias que utilizamos aparecen en un conjunto de artículos e informes de investigación entre los que es posible citar a Pablo Rodríguez y Lázara Carrazana, «La cuestión racial ante la crisis y la reforma económica», Informe de investigación, 2000. Inédito.

18. El concepto de trabajadores intelectuales que hemos utilizado a lo largo de la investigación incluye a la intelectualidad técnica y a los que se desempeñan en la organización de la producción y los servicios. De este modo, abarca a los dirigentes, los profesionales, los técnicos y los trabajadores administrativos.

19. Véase Pablo Rodríguez y Lázara Carrazana, ob. cit.

20. Véase al respecto Pablo Rodríguez, *La inter y la intrarracialidad en las estructuras familiares. Un estudio en barrios populares de Ciudad de La Habana*, CIESAS, México; Instituto de Investigaciones para el Desarrollo (Francia), e Instituto Colombiano de Antropología e Historia, México, DF, 2005.